

## ideas

Aquella Nochebuena descubrí que podías tener la vida de una persona en tus manos. Concretamente, la de un dentista argentino. No deja de ser irónico que un dentista sea bocazas, ya que el verano anterior le había dicho a mi madre:

—Si se le cae esta muela, me corto las pelotas.

Ella, en un gesto entre melodramático y macabro, convertida en la cuarta hermana **Brönte**, abrió su mano y dentro, en el estuchito de su sortija nupcial, le mostró mi muela rota. El dentista argentino enmudeció por primera vez desde el primer llanto.

No te va a doler: arte rápido, dentista lento

MIQUI Otero



Desde aquel silencio emparento creación artística con salud bucodental. **Martin Amis**, por ejemplo, ha analizado de modo más brillante el estado de su boca que el Estado de Inglaterra. En *Experiencia* explica cómo heredó las malas encías de su madre y los malos dientes de su padre: «Lo sé todo sobre la maestría musical de los dolores de muelas. Pueden ser rock, blues y soul; doowoopy y bebop; heavy metal, rap, punk y funk». Desde que se arregló la boca, firma peores novelas. Y su ídolo, **Vladimir Nabokov**, escribió «Lo-li-ta: la punta de la lengua emprende un viaje de tres pasos desde el borde del paladar pa-

**Quizá, a medida que se acelera el consumo cultural, todo el resto de nuestra vida se ralentiza**

ra apoyarse, en el tercero, en el borde de los dientes» años después de haber perdido los suyos a los 40.

Ayer pasé por delante de una clínica de mi barrio, con aspecto de *coworking* escandinavo, que se anuncia como Slow Dentistry. Hasta ahora, ir al dentista era un trámite que se arrostraba con dignidad y rapidez, pero ellos parecen afirmar en su elogio de la odontología lenta:

«Prisas, demonios, prisas... Ya nadie tiene tiempo para leer *Rayuela* a la luz dorada de un parque, para paladar el arcoíris de matices de un empaste sin prisa».

Quizá se está creando una corriente que incluirá otras ramificaciones: *slow* cola en Correos, *slow* consulta telefónica a un banco, *slow* colonoscopia. Quizá a medida que se acelera el consumo cultural, convertidas las novelas en memes y las canciones en politonos, todo el resto de nuestra vida, todo lo peor de nuestra existencia, se ralentiza. Arte rápido y dentista lento: relájate y disfruta. No te va a doler. Tampoco a curar. ≡

## 'DIVÁN COMEDY'

## Días de psicoanálisis y rap

**Carlo Padial rememora** en 'Doctor Portuondo' sus cinco años de terapia con un excéntrico psiquiatra cubano ≡ «**Estamos viviendo** en la era del yo entendido de la peor manera», afirma

RAFAEL TAPOUNET  
BARCELONA

En la vida de Carlo Padial (Barcelona, 1977), como en el Cirque du Soleil, pasan muchas cosas a la vez. Padial escribe libros, rueda películas (está en plena producción de *Algo muy gordo*, con Berto Romero, para Zeta Cinema), hace espectáculos de *stand-up comedy*, tiene una sección en el APM? de TV-3, coordina el departamento de vídeo del Área Digital del Grupo Zeta y es padre de dos niños. «[Alejandro] **Jodorowski me dijo una vez: 'Tú di que sí a todo'. Diversificate de una manera cósmica. Me pareció un consejo muy loco, así que lo seguí».**

El último producto de esa volcánica actividad multitarea es *Doctor Portuondo* (Blackie Books), un singularísimo libro de memorias psicopatológicas en el que Padial evoca sus cinco años de terapia con un excéntrico psicoanalista cuba-

no, cinturón negro de judo, exiliado en Barcelona. Un muy estimulante compendio de neurosis de talla XL, humor raro, revelaciones incómodas y situaciones en las que la frontera entre realidad y ficción salta por los aires. Los ingredientes básicos de la *fórmula Padial*.

## EL TERAPEUTA

► «Juan Antonio Portuondo era una persona extraordinaria, capaz de encapsular el pensamiento freudiano en fórmulas hipersencillas. 'Cuando la bestia ruge, la razón tiembla'..., cosas así. Era un freudiano estricto, pero de repente tenía unos arranques de genio imprevisible puramente latinos: se ponía en pie, te gritaba, se tendía en el diván porque consideraba sus problemas más interesantes que los tuyos, te amenazaba con un palo..., a veces hasta se pegaba con los pacientes. No sé que habría pensado Freud de todo eso».

## EL ENCUENTRO

► «Yo era una persona neurótica, que no sabía nada, que no había vivido nada, encerrado en mi narcisismo, incapaz de salir al exterior. Y me encuentro con un hombre que está de vuelta de todo, que lo ha vivido todo, un psiquiatra que ha sido boxeador, que ha vivido la revolución, que se ha exiliado en EEUU... Un personaje del siglo XX. Un tipo de acción frente a alguien como yo, un tipo de inacción absoluta, prototipo de lo que va a ser el siglo XXI. Un contraste superchulo para montar algo».

## EL FANTASMA

► Cuando Portuondo falleció, en agosto del 2005, Padial decidió aban-

donar el psicoanálisis. Pero la relación con su terapeuta siguió en un plano sobrenatural. «El recuerdo de Portuondo me ha perseguido como una presencia fantasmagórica. En el tramo final de su vida, él estaba más interesado en lo espiritual que en lo psicológico. Me explicaba que su padre fallecido lo visitaba y me hablaba de Allan Kardec, el espiritista. Me decía [pone voz cavernosa]: 'No te preocupes, viejo, yo siempre estaré contigo; la terapia no acaba nunca'. A mí eso me parecía terrorífico, una especie de contratransferencia infinita. Y me daba miedo que se me apareciera para darme una colleja o algo. Terror a que se aparezca tu psicoanalista muerto. Muy loco, ¿no?».



## EL RESULTADO

► «El psicoanálisis era lo que yo necesitaba para salir de mi narcisismo infantil, que era producto de una sobreprotección familiar. Cuando dejo la terapia, empiezo a hacer cine y vídeo, que es una actividad que me obliga a pactar con el exterior, y empiezo a hacer *stand-up*, a subir a un escenario y a verbalizar mis conflictos. Cuando uno es capaz de explicar a los demás lo que verdaderamente le ocurre, da un gran paso. Quizá no hacia la curación, pero sí hacia la comprensión».

## RAPEROS EN EL DIVÁN

► Uno de los aspectos más sorprendentes del libro es el paralelismo que traza Padial entre el psicoanálisis y el *gangsta rap* que en esos días de terapia escuchaba de manera casi obsesiva. «Yo me sentía asfixiado por la figura del padre, por las normas, por el poder... Y para mí los raperos representan una manera muy clara de estar contra cualquier forma de poder. Gente como Public Enemy o Tupac se rebelan a través de la palabra. Cuentan sus historias y retratan sus entornos de una manera muy visceral. La gente desdeña a los raperos, pero son artistas superdotados, muy superiores a la mayoría de escritores».

## PSICOANÁLISIS Y SIGLO XXI

► «Hoy la gente no quiere profundizar en sus conflictos, no quiere conocerse. Estamos viviendo en la era del yo entendido de la peor manera. La gente es cada vez más gregaria y al mismo tiempo está cada vez más aislada, más centrada en sus perfiles en las redes sociales. Y ahí el psicoanálisis no tiene cabida. Nadie quiere eso. Prefieren generar ficciones de sus vidas. La mayor parte de gente que está en Facebook o Twitter denunciando injusticias son las personas más horribles que conozco en el mundo real. Y lo fascinante no es que alguien busque de manera patológica un reconocimiento, una validación, sino que nos volquemos en eso. Si yo me invento que tengo una relación horrible, tóxica, con una novia inexistente, la gente se va a volcar en esa narración con sus *likes* y sus comentarios. ¿Por qué? ¿Qué sentido tiene eso?».



XAVIER GONZÁLEZ

►► **En el diván** ► Carlo Padial, autor de 'Doctor Portuondo', en un remedo doméstico de sus días de terapia.